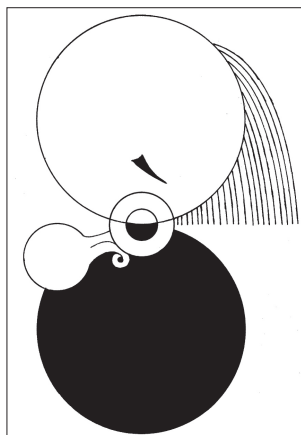


Sastre, compañero



SASTRE, COMPAÑERO

Edición a cargo de
CARLO FRABETTI E IÑAKI ERRAZKIN



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Diciembre de 2008

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DE LA OBRA: Carlo Frabetti e Iñaki
Errazkin
© Cada autor de su artículo

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
Navaz y Vides 1-2
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

FOTO DE PORTADA
Argazki Press

MAQUETACIÓN
Arte4C

IMPRESIÓN
RGM S.A.
Polígono Igeltzera, 1 bis, pab. A1
48610 Urduliz - Bizkaia

DEPÓSITO LEGAL
BI. 3.172-09

ISBN
978-84-8136-570-2



INTRODUCCIÓN

EL 21 DE JUNIO DE 2009 apareció en el diario *Gara* y en varios periódicos digitales un artículo de Alfonso Sastre titulado «La prosa y la política», en el que el autor repetía, una vez más, lo que es evidente para cualquiera que no esté ciego o no se empeñe en mirar hacia otro lado: que el llamado «conflicto vasco» solo se puede resolver mediante una negociación política, sin la cual ambos bandos enfrentados seguían pagando un alto precio en términos de sangre y sufrimiento.

Somos muchos y muchas los que venimos repitiéndolo desde hace años; pero Sastre se atrevió a decirlo a continuación de un atentado de ETA y siendo cabeza de lista de la candidatura a las elecciones europeas de Iniciativa Internacionalista, y eso lo convirtió en el blanco de la reacción vociferante, que en el Estado español abarca un amplio espectro político y cultural en el que caben desde descerebrados de extrema derecha como Iturgaiz hasta seudointelectuales de izquierdas como Saramago, pasando por oportunistas sin escrúpulos como Rosa Díez. El más importante dramaturgo de la lengua castellana, uno de los poquísimos grandes escritores vivos cuya honradez intelectual está a la altura de su valía literaria, fue llamado públicamente «garrapata» y, como tal, considera-

do susceptible de «fumigación» junto con todos sus seguidores y votantes.

La respuesta de los intelectuales de izquierdas (valga la redundancia) y de los medios alternativos no se hizo esperar, y el manifiesto *Yo también soy Sastre* convocó más de 1.300 adhesiones espontáneas. Este libro, sin ninguna pretensión antológica, reúne algunos de los innumerables testimonios de solidaridad y admiración suscitados por la figura de Alfonso Sastre –y de su inseparable Eva Forest– poco antes y poco después de su heroica batalla política al frente de Iniciativa Internacionalista.

ES UNA HISTORIA CONOCIDA: en 1630, en Milán, un sospechoso, denunciado por un honrado ciudadano, es detenido y torturado y, tras negar inicialmente la acusación, acaba por confesar su delito. Bajo tortura, denuncia también a su barbero, cómplice de la atrocidad, y este a su vez denuncia a otros hombres, poniendo al descubierto toda una cadena de monstruosos malhechores que comienza, o concluye, en un caballero de nombre Padilla, jefe de la campaña de terror. Una vez condenados y ejecutados, sobre las ruinas de la casa del barbero se alzó una columna admonitoria que recordaba la infame acción de los reos y advertía eternamente a los malvados sobre las consecuencias de semejante tropelía. ¿Qué habían hecho? Eran *untori*, es decir, «untadores» siniestros que habían propagado la peste por la ciudad depositando en las paredes y en los objetos la sustancia contaminante que transmitía la enfermedad. Solo en 1778, bajo el empuje luminoso de la Ilustración, la columna fue derribada, considerando la época nueva –la de Montesquieu, Verri y Beccaria– que la infamia no residía en los condenados sino en los magistrados que los juzgaron y en los ciudadanos amedrentados e ignorantes que ayudaron a convertir la locu-

ra, la superstición y el absolutismo en un procedimiento natural.

Esta historia real del Antiguo Régimen, recogida en 1840 por el italiano Alessandro Manzoni, es, desgraciadamente, muy actual. Según la Abogacía General del Estado –es decir, según el gobierno del reino de España–, Alfonso Sastre, el dramaturgo vivo más importante del mundo, es un *untore* y su solo nombre (mientras él trabaja en sus obras de teatro encerrado en su habitación) es capaz de contaminar todo lo que linda con él, de Hondarribia a Tierra del Fuego. Contaminado por sus «conexiones personales» del pasado, su presencia como cabeza de lista en la candidatura de Iniciativa Internacionalista es hasta tal punto contaminante que debe ser inmediatamente privado de sus derechos ciudadanos junto a sus compañeros de grupo y junto a sus potenciales votantes. En este galope de regreso a la pre-modernidad, la lógica es ya –desgraciadamente– conocida: no es que presentarse a unas elecciones europeas sea un delito; no es que no se le permita presentarse por haber cometido un delito: es que *su existencia misma* es delictiva. «Intenciones», «analogías», «concomitancias», toda la sutil obra del Derecho, levantada pacientemente durante siglos, sucumbe entre aplausos a esta atmósfera primitiva y sacrificial de miasmas oscuras transmitidas, como la gripe porcina, con o sin voluntad, en una onda expansiva ininterrumpida. Las nociones de enfermedad y pecado –mortales los dos– sustituyen a la de delito, prueba, presunción de inocencia, responsabilidad individual. De hasta qué punto «la defensa de la democracia» –con Savater y Rosa Díez a la cabeza– se ha deslizado ya en el mundo medieval, obscurantista, prehistórico, del *farmakón* y la magia negra, da buena prueba el hecho de que, si quisiera, Alfonso Sastre *no podría cambiar de opinión*: es solo el resultado de sus «conexiones personales» y el comienzo, a su vez, de conexiones potencialmente tan amplias que a partir de su nombre, en el delirio antijurídico de las analogías y las concomitancias, se podría impug-

nar o ilegalizar cualquier lista en la que hubiese algún lector de *Escuadra hacia la muerte*.

La conjetura de que Batasuna *iba a pedir* el voto para II y la presencia en sus listas de un excandidato de ANV, una fuerza entonces legal pero ilegalizada a posteriori, ha activado la enésima impugnación de una fuerza electoral que, con casi toda seguridad, no podrá concurrir el próximo 7 de junio a las elecciones europeas. En 1630 se hacían las cosas así; en 2009, en el reino de España, también. En 1630, los procesos abiertos contra los *untori* formaban parte de la lógica pre-ilustrada del Antiguo Régimen; en 2009, los procesos abiertos contra los *untori* se quieren hacer pasar por normalidad democrática y de Derecho. Gente inteligente, gente sesuda, gente honorable, respetada e influyente, gente fuera de toda sospecha, gente rica y gente poderosa –como en el Milán de la peste– tendrá algún día que rendir cuentas ante los ciudadanos por esta doble fechoría: la de restablecer el Antiguo Régimen y la de hacerlo, además, nombrando el derecho y la Democracia.

Así las cosas, sugiero –y lo hago en serio– que Batasuna, fuente de todas las miasmas, poderosísima varita de contagiar infamia, convoque una rueda de prensa y pida públicamente el voto para el PP y/o para el PSOE. ¿Quedarán manchados nuestros dos principales partidos? ¿Se pedirá su ilegalización? No, claro, pero de esa manera al menos quedará claro que, desencadenada fuera del derecho, esta lógica medieval es hasta tal punto medieval –y está tan fuera del derecho– que ni siquiera es *lógica*: es puro ejercicio de soberanía religiosa o, lo que es lo mismo, arbitrariedad paranoica de un Santo Oficio en su lucha contra el Mal.

Porque lo que ya ha quedado claro, en cualquier caso, es que el oscurantismo, la manipulación, el desprecio por las reglas del juego y la injusticia son infinitamente más contagiosos que la peste y, mucho más, claro, que la conciencia de la democracia y la libertad.

Conversación de Santiago Alba Rico con Alfonso Sastre, dramaturgo y candidato de la ilegalizada Iniciativa Internacionalista

El abogado general del Estado ha pedido al Supremo y este ha confirmado la ilegalización de las listas de Izquierda Internacionalista, basándose en «conexiones personales, sobre todo del número 1 de la candidatura europea, Alfonso Sastre», al que se relaciona con «el entorno de ETA». Alfonso Sastre, quizás el más grande dramaturgo vivo del mundo, se ha convertido en una «fuente de contaminación» en el marco de un pensamiento primitivo, religioso, sacrificial, que ha sustituido la noción de «delito» –ceñida solo a actos demostrables– por un conjunto de oscuras fuerzas nosológico-pecaminosas más contagiosas que los nuevos virus de la gripe y que imponen prácticas institucionalmente paranoicas, como las del Santo Oficio, orientadas a localizar «intenciones» o «analogías» o incluso sencillamente «miasmas» contaminantes más allá de la propia voluntad del sujeto en cuarentena. En este caso, II no incluye fuerzas ni candidatos vascos; reúne una serie de grupos y personas vinculados al activismo anticapitalista en el resto del Estado, lo que marca una nueva etapa en la política represiva de los gobiernos de España. La doctrina Garzón, el principio de analogía, el derecho penal del enemigo se expanden más allá del País Vasco. Alfonso Sastre, cuya extraordinaria obra literaria ha sido siempre inseparable –como la de su compañera Eva Forest, de cuya muerte se cumplieron precisamente ayer dos años– de una actividad incansable, valiente y solidaria, a favor de la libertad, la justicia y el socialismo, ha tenido la generosidad de responder a algunas preguntas.

Santiago Alba (SA): ¿Por qué Alfonso Sastre acepta ser candidato de una lista electoral como Iniciativa Internacionalista? ¿Qué hay en ella que te resulte particularmente afín? ¿Qué diferencia esa opción de otras con programas sociales y políticos semejantes?

Alfonso Sastre (AS): Porque estoy de acuerdo con todos los puntos de su manifiesto; y por otro lado no he tenido ocasión de estudiar a fondo el pensamiento subyacente en las que ya he llamado, sin conocerlas, «candidaturas hermanas». Lo decisivo ha sido, sin duda, que quienes gestionaron la Candidatura de II fueron quienes llamaron a mi puerta.

SA: En medio del naufragio general de las izquierdas del Estado español, la paradoja –o al menos esa impresión tengo– es que hay cada vez más malestar individual pero está cada vez menos representado a nivel político e institucional. En este contexto, frente a la necesidad de reconstituir un frente anticapitalista amplio, ¿por qué presentarse a las elecciones europeas? ¿A qué estrategia responde esa decisión? ¿Y por qué no ha sido posible unir a todas las fuerzas a la izquierda de IU? ¿Qué piensas de Izquierda Anticapitalista? ¿Habéis mantenido conversaciones con ellos y con el PCPE para buscar una candidatura conjunta?

AS: Es ciertamente una paradoja, que no quiere decir una mentira sino, como dijo Gracián, y yo he repetido mil veces, «un monstruo de la verdad». ¿Por qué, en esta paradoja, presentarse a las elecciones europeas? Yo lo he visto bien como un modo de alzar la voz en el cuadro de esa paradoja en la que el PSOE y el PP poseen todas las cajas de resonancia y nos niegan la palabra. El resto de las preguntas no soy capaz de responderlo. No he participado en la elaboración de esta candidatura. Por Izquierda Anticapitalista y por el PCPE siento simpatía a través de las noticias que me llegan de su existencia.

SA: El programa de II reclama «plenas libertades democráticas», evocando entre otras cosas –o especialmente– la situación de excepción que se vive en el País Vasco. Y parece que es justamente esa reclamación la que convierte a II en una fuerza sospechosa, hasta el punto de que el Tribunal Supremo acaba de confirmar la ilegalización de vuestra lista. ¿Cuánta democracia puede soportar el Estado español?

AS: El actual Estado español es algo así como aquella democracia que Jack London ya prefiguró a principios del siglo XX en su gran profecía *El talón de hierro*, que no fue, como pensó Trotski, cuando la arribada del nazi-fascismo, una anticipación de este sino, más allá, o sea, más acá, de esta democracia que nosotros padecemos desde la caída del «socialismo real».

SA: ¿Crees que la izquierda del Estado está lo suficientemente preocupada por las reiteradas violaciones del Derecho y lo suficientemente comprometida en la defensa de la democracia? ¿Cómo crees que deberían reaccionar las otras candidaturas de izquierda ante la ya confirmada ilegalización de II y su imposibilidad de presentarse a las elecciones? ¿Y qué crees que los izquierdistas españoles, por nuestra parte, deberíamos esperar de Batasuna y la izquierda abertzale?

AS: La izquierda convencional, desde luego, no. En cuanto a la izquierda radical, me siento incapaz de dar cualquier consejo. ¿Y qué esperar, me preguntas, de la izquierda patriótica vasca? Yo estoy seguro de que se puede esperar de ella una firme lealtad a sus ideas, cuyas raíces más profundas tiene poco o nada que ver con el nacionalismo de Sabino Arana y mucho que ver, descontando e incorporando matices, con la voz de «patria o muerte» tal como sonaba en los labios de Ernesto Che Guevara. Raíces más lejanas las encuentro en el Lenin que a Rosa Luxemburgo le recordó que ella era polaca y que debería partir de esa base, o sea, de una convicción internacionalista, y no de un cosmopolitismo proletario abstracto y, menos, místico.

SA: Insinuar la vinculación de II al «entorno abertzale» equivale a cuestionar el derecho inalienable de ese llamado «entorno» a participar de la vida política y pública. El que acepta o sencillamente especula con ese vínculo se hace, a mis ojos, cómplice de la Ley de Partidos y de los atropellos que la acompañan. Pero no cabe duda que es la «cuestión vasca» –la cuestión española– la que está detrás de las presio-

nes mediáticas y judiciales contra II. ¿Cómo debería tratar la izquierda del Estado esa cuestión? ¿Y hasta qué punto y por qué –si es eso lo que piensas– las izquierdas no vascas deberían dar prioridad a esta cuestión sobre otras de carácter económico, político o social?

AS: No estoy seguro de que las izquierdas radicales no vascas tengan que dar prioridad, en sus trabajos y temas, a la «cuestión vasca», pero sí tenerla muy en cuenta como una realidad política compleja no reductible, desde luego, a la existencia de una lucha armada, por lo demás de baja intensidad; como a una realidad, pues, que solo podrá resolverse en la paz (que no en el curso de «una pacificación»), y esta paz solo será viable en una mesa de negociación, como todas las paces que en el mundo han sido, que no pueden confundirse, como muy bien dijo el gran maestro Kant, con la «paz» propia de los cementerios; y esta paz, digo, solo será viable si se consigue la gran hazaña de establecer una mesa de negociaciones. Cualquier comparación entre ETA y las Brigatte Rosse o la Rote Armeee Fraction conduce a la falsa idea de la derecha más reaccionaria y, por el momento, del PSOE, de que esta violencia puede acabarse por medios policíacos-militares o prácticas como la tortura (¿volvemos a acordarnos de la «columna infame»?). Ayudar a esa conciencia/consciencia es un objetivo que debe entrar, eso sí, creo yo, entre las prioridades de la izquierda radical no vasca.

SA: Se puede ser de ETA sin saberlo; y se puede ser muy «peligroso» –como lo demuestra el sumario 18/98– sin haber hecho nada. El «terrorismo» es una enfermedad contagiosa. En este contexto, Alfonso Sastre es, ahora, por el solo hecho de respaldar una candidatura de izquierdas, como uno de esos *untori* de la *Historia de la columna infame* de Manzoni, acusados en el siglo XVII de transmitir la peste a través del contacto de sus manos. ¿Cómo explicas este retroceso del Derecho hacia formas «primitivas» –o por lo menos premodernas– de control social, no solo en el País Vasco sino en

el conjunto del planeta? ¿Y cómo podemos luchar contra esta deriva?

AS: Has descrito magistralmente la situación. Esa descripción es una respuesta a gran parte de la cuestión que planteas. En cuanto a cómo explicar este retroceso al Milán de los *untatori*, es seguro que tiene que ver con la degradación general que ha comportado en el mundo (una vez hundida la Unión Soviética) la implantación generalizada de la doctrina neoliberal untada (valga la palabra) de una «posmodernidad» que ya está mostrando –ahora muy claramente: con la actual crisis económica mundial– su vocación de «futura antigüalla», como yo mismo, que no soy ducho en estos temas, decía ya desde los principios de tal fenómeno cultural; lo cual no quiere decir, desde luego, que la solución de los problemas profundos y, claro está, de los colaterales, como la paradoja que señalábamos al principio, esté próxima en el tiempo.

SA: En *Los intelectuales y la utopía* hablas de esos «intelectuales y artistas que se agrupan bajo la bandera del partido en el gobierno y se instalan tan ricamente en el pensamiento único, diciéndose, sin embargo, independientes», y los acusas de «oportunismo e hipocresía». No son solo los políticos y los periódicos los que te consideran un elemento «contaminante»; precisamente algunos intelectuales, como Fernando Savater, son particularmente activos en la aplicación de este «pensamiento primitivo» y en la militancia a favor de las prácticas inquisitoriales nosológico-religiosas. Recientemente Savater ha declarado, por ejemplo, que no cree «que haya ninguna otra razón por la que Alfonso Sastre se interese por Europa más que por apoyar a Batasuna» y ha apoyado la ilegalización de la lista que encabezas. ¿Hay otras razones por las que te interesa Europa? ¿Y por qué tanta gente inteligente apoya hoy al Santo Oficio y el fin de las libertades públicas y colectivas?

AS: Yo te decía que pienso en Europa como una posible caja de resonancia de unas voces que aquí no pueden oírse porque sencillamente las ideas que quieren transmitir con-

vierten ipso facto a sus locutores en muertos civiles. Sabemos que, como temimos y denunciarnos desde el principio (¿hace sesenta años?) es una «Europa de los mercaderes» y no, como nosotros deseábamos, una «Europa de los pueblos», pero al menos esta «Europa» puede prestar sus altavoces alguna vez a las voces de quienes no tienen voz. Esa es la principal razón por la que me interesa Europa. ¿Por qué tanta gente inteligente...? La misma pregunta podría formularse referida a temas muy concretos como el llamado «Plan Bolonia» para las universidades. Y la respuesta sería la misma: porque vivimos en el marco, que ya hemos definido someramente, de una situación de degradación y mercantilización de la inteligencia.

SA: Tu candidatura maneja como eje prioritario la autodeterminación de los pueblos, ¿qué crees que diferencia la lucha por la independencia en el País Vasco de –por ejemplo– la de las regiones ricas de Santa Cruz en Bolivia y Zulia en Venezuela, donde los movimientos separatistas se enfrentan al gobierno central de Evo Morales y Chávez? ¿O del caso europeo de la Liga Norte en Italia?

AS: Sin conocer lo que pasa, a este respecto, en Bolivia y Venezuela, aventuro, por el contexto en el que se mueven estos fenómenos, que allí se trata de movimientos propiciados por el imperialismo norteamericano contra los procesos revolucionarios que se desarrollan en aquellos países. En cuanto a la Liga Norte en Italia parece una reclamación propia de ricos que quieren ser más ricos.

SA: ¿Podrías puntuar del 1 al 10 a los siguientes líderes políticos? Zapatero, Obama, Fidel, Chávez, Felipe González, Julio Anguita, Gorbachov, Evo Morales, Correa.

AS: No soy capaz de estas evaluaciones numéricas, querido Santi. Entre mis varias enfermedades, la numerofobia se cuenta entre las no menos graves. ¡Ay!

SA: Entendemos la lógica según la cual el más importante dramaturgo español se convierte en un peligrosísimo transmisor de la peste y es silenciado, ignorado, excluido de los

teatros... mientras sigues escribiendo y publicando en Hiru para generaciones más libres y democráticas. Pero quizás deberías explicar por qué, a pesar del coste personal que ello entraña, sigues empeñado en transmitir la peste a través de tus obras y de tu compromiso político. Y también qué clase de peste es la que sigues queriendo contagiar, generalizar, compartir con los demás.

AS: Suena muy ampuloso, pero siempre he amado la justicia y la libertad, y con esas ideas he procurado siempre y procuro hoy *untar* todo lo que se pone a mi alcance, pero no se lo digas a nadie, ¡que ya bastantes problemas tengo!

Dicen que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. Pero una mujer realmente grande no cabe detrás de ningún hombre, ni un hombre realmente grande coloca tras de sí a su compañera. Por eso, como no podía ser de otro modo, en el caso de Alfonso Sastre la gran mujer no estaba detrás de él, sino a su lado, luchando codo con codo. Y por eso un homenaje a Alfonso estaría incompleto sin el recuerdo de Eva en su faceta más activa y aventurera, contraste y complemento de la actividad más recoleta, pero no menos solidaria y arriesgada, de Alfonso. Ella también fue Sastre, del mismo modo que él sigue siendo Forest.

HACE YA MÁS DE DOS AÑOS que sufrimos el golpe brutal de la pérdida de Eva Forest. En aquellos tristes días del mes de mayo del año 2007, al leer los textos que le dedicaron tantos compañeros y amigos, cobré conciencia de la dificultad que entrañaba abordar la figura de Eva, porque en realidad era multidimensional. Sin embargo, hay una faceta de la vida de Eva que, a mi juicio, ha sido poco recordada y valorada: su dimensión de antropóloga.

Hoy quisiera compartir con los lectores y lectoras algunas reflexiones acerca del ingente trabajo que en el año 1966 llevó a cabo Eva, junto con su amiga Juana Hendrickson, en una granja del pueblo en Cuba entre los meses de julio y noviembre.

A lo largo de los años en que disfruté de la amistad de Eva, varias veces la oí hablar entusiasmada de su trabajo en la granja del pueblo en Cuba. Tuve la fortuna también de compartir con ella la inmensa alegría que sintió cuando visitó la comunidad casi cuarenta años después, en septiembre de 2003, pues fue aquella una de las ocasiones en que coincidimos en la isla. Eva contaba entre risas las anécdotas de su estancia en Cuba durante cuatro meses, en el año 1966, y con

gran humildad añadía que no sabía qué tipo de trabajo había realizado. Sencillamente, había sentido la necesidad de actuar, de ser testigo de una gesta humana que abría un camino de esperanza hacia el mundo con el que ella soñaba, y allí se había marchado. Había que ser testigo de aquello y había que contárselo a la gente. Cuando Eva hablaba de aquella experiencia, solía terminar su relato con un punto de melancolía, porque aquel ingente trabajo no había sido publicado.

La muerte le sobrevino cuando preparaba la edición de este trabajo, que fue publicado pocos meses después en la Editorial Hiru, gracias a la labor de su hija, Eva Sastre Forest.

Los Nuevos Cubanos (La vida en una Granja del Pueblo) es una obra antropológica de un enorme valor. En ella se recogen las historias de vida de 93 cubanos, miembros del proletariado agrícola, que residían en la granja Mártires de la Alegría de Pío, situada en la provincia de Oriente, a pocos kilómetros de la costa donde se produjo el desembarco del *Granma*.

Los relatos biográficos constituyen una urdimbre sobre la que se teje una completa y compleja visión de lo que supuso la Revolución en las vidas de estos hombres y mujeres cubanos, un registro singular, diacrónico y sincrónico, que nos traslada en el tiempo varias décadas por delante del momento en que se llevó a cabo el trabajo de campo y que nos permite conocer muy de cerca la realidad antropológica, social, cultural, económica y revolucionaria de un amplio espectro de la población cubana.

Eva, al igual que Oscar Lewis –con quien la compara Alfonso Sastre en el prólogo–, se aleja del método cuantitativo en un momento en el que este gozaba de gran prestigio en las ciencias sociales, para abordar su trabajo mediante un método cualitativo, a partir de las historias de vida. Algo verdaderamente innovador en la década de los sesenta. La autobiografía múltiple de una comunidad cubana, la idea de reconstrucción polifónica (como la definió en 1992 Paul Rico-

eur) le permite describir de una manera más precisa y compleja la etnología de la comunidad. Años más tarde, la literatura testimonial tendría gran éxito. Pero en ese momento se trata de una verdadera y crítica innovación. Eva introduce un método que los antropólogos profesionales tardarían años en utilizar, un método que impone un principio de co-autoría entre el informante y el investigador, un proceso dinámico de construcción de conocimiento.

Quisiera transmitir la necesidad imperiosa de leer esta obra. Quienes lo hagan disfrutarán de múltiples relatos singulares, de la polifónica voz del pueblo cubano, se darán cuenta de que los sueños colectivos son posibles. Pero sobre todo conocerán de primera mano una de las mejores etnografías contemporáneas. Una etnografía insólita en una isla del Caribe que contiene todos los elementos de los relatos maravillosos, de las vidas ejemplares.

Aun a riesgo de pisar un terreno resbaladizo, me atrevería a decir que Eva Forest fue una heroína clásica. Esta sociedad androcéntrica en la que vivimos nos ha narrado cientos de veces las hazañas de los héroes culturales. Pocas veces tenemos acceso a la vida de nuestras mejores mujeres. Eva, como la protagonista de un cuento maravilloso, superó una y mil pruebas, salió vencedora en mil batallas. Tenemos la fortuna de contar con el legado de sus talismanes: sus libros.

HE VISTO Y LEÍDO EN EL INDISCRETO Google que de vez en cuando se organizan, en distintos lugares del mundo, congresos de «Sastres y Modistas», «Sastres y Diseñadores», «Sastres y Profesionales de la Alta Costura», y otros por el estilo. Esta es, según creo, la primera vez que nos juntamos «Sastres y Contaminados». Me explico.

Cuando nos repartimos el trabajo editorial de este libro que tienen ustedes en sus manos, yo me encargué de listar las adhesiones al manifiesto y de recoger los mensajes de apoyo. El primero de los textos que leí lo firmaba la banda de rock Motorsex en pleno, y entre el «aúpa» y el «salud» de rigor, sus integrantes pedían literalmente: «Añadidnos a la lista de contaminados». Esto es hablar «bueno», que diría nuestro homenajeado Alfonso. Puro sincretismo de prosa y política.

Los antiguos MCD (siglas del grupo punk Me Cago en Dios, que si no lo digo no me quedo a gusto), resumieron en esas seis palabras lo que iba a ser el listado de firmantes que ustedes encontrarán en el apéndice. Y, de paso, me dieron el título para este articulo. Gracias, *tronkos*.

Alfonso Sastre tiene, al menos, 1.340 amigos sinceros repartidos por el planeta, hombres y mujeres de todas las

edades y profesiones. Lo que es mucho. Muchos más, por ejemplo, de los que tendrán en su vida los politicastros Carlos Iturgaiz y Rosa Díez juntos. Me refiero, claro, a los amigos y amigas de verdad, de esos que, como en el caso que nos ocupa, se arriesgan a defender públicamente a un penitenciado en tiempos de terror y de miseria intelectual. Los Iturgaiz, Díez, Mayor, López, Ares y demás patulea oportunista solo tienen a su lado compinches y meritorios. Pan para hoy y hambre para mañana.

Ha sido un auténtico honor y un placer para mí compartir este rol de inficionados con queridos camaradas como Andrés Vázquez de Sola, Iñaki Gil de San Vicente, Carlo Frabetti, Irene Amador, Carlos Aznárez, Manel Márquez, Andrés Sorel, Patxi Erdozain, Daniel C. Bilbao, Jon Odriozola, Carlos Tena, Floren Aoiz, Iñaki Egaña, Nines Maestro, Josu Ramos, Pascual Serrano, Walter Wendelin, Jose López Alcaraz, Fany Miguens, Iñaki Agirre Errazkin, Oriol Martí, Santi Alba, Dax Toscano, Xarlo Etxezaharreta, Carlos Fernández Liria, Joxerra Bustillo, Txomin Ziluaga, Juanito Kalvellido, Blas López-Angulo, Vicente Romano, Hugo Gómez, Josemari Esparza, y tantos otros. O haberme encontrado entre las firmas la de mi hijo Arkaitz. Ya me puedo morir tranquilo.

También ha supuesto una gran satisfacción comprobar que las adhesiones han llegado de EEUU, México, Cuba, Colombia, Venezuela, Ecuador, Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Australia, Iraq, Marruecos, Suecia, Austria, Irlanda, Alemania, Bélgica, Italia, Portugal, Francia, Galiza, Catalunya, Euskal Herria y de todos y cada uno de los demás pueblos administrados por el Estado español. Como gratificante ha sido haber descubierto que entre las personas firmantes hay militantes de organizaciones políticas y sindicales tan abigarradas como Batasuna, Zutik, Partido Comunista do Povo Galego, Corriente Roja, Partido Comunista de España, Unión de Juventudes Comunistas de España, Izquierda Unida, PCE (ml), CUT, LAB, CGT o CCOO. O hallar entre tanto nombre solida-

rio el de Héctor Soto, ministro del Poder Popular para la Cultura de la República Bolivariana de Venezuela.

Ha sido emocionante ver las firmas de familias enteras, profesores de medio mundo, médicos de todas las especialidades, amas de casa, periodistas, escritores, editores, traductores, administrativos, filólogos, transportistas, diseñadores, aparejadores, becarios, maestros, pedagogos, artesanos, dependientes, abogados, desempleados, actores, payasos, historiadores, obreros, dibujantes, poetas, geólogos, cantantes, limpiadores, antropólogos, jubilados, enfermeros, físicos, conductores, estudiantes, farmacéuticos, pescadores, libreros, informáticos, comerciales, matemáticos, realizadores, funcionarios, ingenieros, conserjes, sociólogos, delineantes, jardineros, economistas, productores, compositores, fisioterapeutas, marineros, agricultores, guionistas, arquitectos, pintores, hosteleros, peluqueros, modistas, geógrafos, bibliotecarios, psicólogos, mecánicos, químicos, biólogos, contables, marinos, fotógrafos, músicos, filósofos, electricistas, cocineros, asesores, fontaneros, camareros... Una curiosidad: no se ha adherido ningún policía, carcelero, verdugo o juez. Nadie de la Casa Real. Tampoco políticos del PPSOE.

Acompañando a las firmas hemos recibido cientos de mensajes entrañables de apoyo a Alfonso Sastre como los de Ishraq, su traductora al árabe en el Iraq de antes de la ocupación; Adys González de la Rosa, su editora cubana, que destaca de él «sus ideas, su ética y su grandeza»; Juan José Arias Martín, un obrero discapacitado que muestra su respeto por Alfonso señalando que lo admira «más por su labor humana y de lucha contra el corrupto poder que por sus obras, ya que si estas lo han hecho un gran hombre de letras, su actitud lo ha hecho aún más grande como persona»; Andoni Etxezarraga, un agente comercial que, dado «el carácter netamente fascista del Estado español» no se extraña por la criminalización a la que se le ha sometido a Alfonso, al que califica de «persona realmente admirable»; Francisco Alonso Bernal, un geó-

grafo que aclara que su firma es «contra la embestida de los paniaguados del juancarlismo a la iniciativa de los luchadores que dentro y fuera de la piel de toro no cesamos»; Anastasio Pulido, un profesor de Secundaria que tacha de «canallacos» a quienes «pretenden ensuciar con su mirada perversa la prosa transparente de un maestro de la dignidad»; o el de Miguel García Maldonado, un «multioficios» que dice literalmente a Alfonso: «ánimo, joven, nos veremos en el talego si hace falta, y quién sabe si en alguna barricada».

Pero he elegido para concluir un mensaje que resume perfectamente el espíritu contaminante de este libro. Lo ha enviado Jaime Núñez y dice así: «Para los mediocres, para los cortos de miras, para los fascistas, para los que solo piensan en sus poltronas, para los que no buscan soluciones, para los amantes de las guerras, para los que no ven más allá de sus narices, para los enemigos de la paz: YO TAMBIÉN SOY ALFONSO SASTRE».

ME PRESENTO A LAS ELECCIONES EUROPEAS en el número cuatro de la lista de Izquierda Anticapitalista (IA). Obviamente, si elegí integrarme en esa lista y no en Iniciativa Internacionalista-La solidaridad entre los Pueblos (II-SP) fue por razones políticas de fondo atinentes a la procedencia y el itinerario político protagonizado por ambas formaciones. Sin embargo, tras analizar las pruebas aludidas por la Fiscalía y la Abogacía del Estado para la ilegalización de II-SP advierto que cumplo con todos los requisitos para ser ilegalizado y conmigo, por consiguiente, la lista a la que pertenezco.

Vaya por delante mi más absoluta admiración por «el extenso currículum político de Alfonso Sastre» que se arguye como principal prueba para la impugnación. El solo hecho de que su trayectoria política pueda ser aducida como motivo para la ilegalización de una candidatura electoral debería ser prueba evidente de que –en pleno siglo XXI– la dictadura franquista aún no ha perdido nada de su vigor en el Reino de España.

En cuanto a las supuestas conexiones con la izquierda abertzale de Doris Benegas y Ángeles Maestro no encuentro nada en su trayectoria política que no me sea aplicable. Para

empezar, el comunicado de mi propia formación política (IA) apoya la «apuesta por el independentismo y la solución negociada de conflictos como el vasco». Es más, personalmente, he debido de escribir no pocos artículos defendiendo la negociación política con la izquierda abertzale. Yo también he participado en manifestaciones de la izquierda abertzale. Fui colaborador habitual de *Egin* durante muchos años y he colaborado con *Gara* no hace demasiado tiempo. Tengo la desgracia de vivir en una dictadura que ha encarcelado a varios amigos míos. Fui testigo presencial de la ignominia del juicio 18/98, en el que amigos muy queridos fueron acusados en falso, varias veces detenidos, sometidos a un calvario judicial que duró nueve años y finalmente condenados a años de cárcel, para resultar ahora absueltos por el Tribunal Supremo tras haber cumplido meses de prisión y haber visto sus vidas destrozadas. Al igual que el editorial del *Gara* que la Abogacía del Estado ha presentado como escrito ampliatorio de la demanda contra II-SP, por mi parte también he argumentado públicamente contra las ilegalizaciones de listas electorales y la barbaridad de la Ley de Partidos. Es más, anuncié públicamente mi intención de abstenerme en las últimas elecciones en protesta por la ilegalización de la candidatura de la izquierda abertzale. En cambio, yo creo que hay muchos asesinatos que no he condenado. Es verdad que no firmé el escrito avalando la candidatura de II-SP, pero si no lo hice fue porque quien lo había redactado había cometido la torpeza (que en cambio no cometió IA) de no limitarse a pedir tan solo el apoyo a su derecho de presentarse a las elecciones, sino que, al mismo tiempo, se pedía al firmante hacer suyo el proyecto político de II-SP (lo que, desde luego, no es lo mismo). Por lo visto, IU ha pedido a algunos concejales que habían avalado la lista que le retiren ahora su apoyo. Por mi parte, en este mismo momento expreso mi apoyo al derecho de II-SP a presentarse a las elecciones.

Siguiendo la lógica de la Abogacía del Estado, es de suponer que lo dicho sea motivo suficiente para ilegalizar mi lista electoral. A no ser que para ilegalizarme se me exija ser también, como Alfonso Sastre, el mejor dramaturgo vivo del mundo, no veo motivo alguno para no resultar sospechoso.

SI EN ALGO NO HAN MENTIDO el Gobierno y los grandes medios de comunicación con respecto a Iniciativa Internacionalista, ha sido en su insistente afirmación de que Alfonso Sastre es nuestro «banderín de enganche». Tienen toda la razón: no podría haber mejor banderín que Alfonso para «enganchar» a las izquierdas honradas y a los miles de personas de buena voluntad que conocen y admiran su obra y su compromiso.

Efectivamente, Alfonso Sastre es nuestra impecable bandera de dignidad. Y el viento que hace ondear con fuerza esa bandera es la memoria de Eva Forest, de cuya muerte se cumplen dos años precisamente en estos días. Muerte física nada más (y nada menos para quienes tuvimos el privilegio de conocerla), porque su legado intelectual y ético está más vivo que nunca en estos decisivos momentos de lucha, en medio de este caos social y político que, como diría ella con un guiño a su catalanidad, «sería de reír si no fuera de llorar».

Los poderes establecidos llevan décadas intentando criminalizar a Eva y a Alfonso, y en un momento dado pareció que lo habían conseguido, pues incluso muchos supuestos izquierdistas les dieron la espalda. Pero las injurias de los canallas y los pusilánimes acaban fortaleciendo a quienes las

reciben sin doblegarse, y hoy los nombres de Eva Forest y Alfonso Sastre son un referente imprescindible para los intelectuales honrados (todavía quedan algunos) y las izquierdas de todo el mundo. Con su torpeza y prepotencia habituales, los enanos políticos y mediáticos han querido derribar a un par de gigantes y se han estrellado contra las suelas de sus zapatos.

Gracias, Alfonso y Eva, por poner os una vez más al frente de nuestras filas. A vuestro lado, tras vuestros pasos, incluso la derrota sería un honor. Y vamos a ganar.

NO ME ATREVERÍA A LLAMARLO Sastrecillo si no fuera porque él mismo, en uno de sus famosos «diálogos con su sombra», se autodenomina así. Para calificarlo de valiente, sin embargo, no necesito su permiso (no me lo daría, teniendo en cuenta su modestia radical): durante medio siglo ha demostrado el más alto grado de valor en todas las acepciones del término y en las circunstancias más adversas, y no hay nadie que pueda negarle ni disputarle un adjetivo que, en su caso, ha adquirido consustancialidad de epíteto, de apellido moral.

Podría decir esto con cualquier pretexto, pues no hace falta ninguno; pero en esta ocasión lo hago tras leer, casi de un tirón, la recopilación de su poesía completa (*Obra lírica y doméstica*, Hiru, 2004), nuevo y antiguo –es decir, histórico– testimonio de la valentía literaria y política del autor.

Como todos los libros importantes, aquellos en los que una imperiosa necesidad expresiva moviliza una creatividad de primer orden al servicio de un proyecto transformador, esta antología lleva implícita una reflexión sobre su propia materia. ¿Qué es, hoy, la poesía? ¿Cómo incide en las sensibilidades y en las conciencias actuales? ¿Cuál es, en estos momentos, la relación entre poesía y realidad? La de Alfonso

Sastre es, huelga señalarlo, una poesía militante; pero, además, lo es de una manera que nos hace preguntarnos, como se lo preguntaba Brecht en circunstancias parecidas a las nuestras, si cabe otra poesía que no sea la militante. Sastre no maldice explícitamente la poesía concebida como un lujo cultural; no necesita hacerlo: su obra vigorosa y veritativa aniquila la poesía «neutral», blandamente esteticista, con su mera presencia, con su existencia más fuerte, como el ángel de Rilke.

No puede sorprendernos, a la luz de las consideraciones anteriores, que no todos los poemas de Sastre sean «poéticamente correctos». El autor de *Tarde en la taberna* y *Balada de Carabanchel* no les tiene miedo ni al ripio ni al pastiche, ni al tópico ni al exabrupto, puesto que en el arte –y solo en el arte– el fin justifica los medios. Pero incluso sus poemas más anecdóticos tienen el inconfundible aroma de lo verdadero. Sus sencillos pareados son, como el *nunchaku* de los campesinos japoneses (dos palos iguales unidos por un breve trozo de cuerda), un primoroso instrumento artesanal capaz de convertirse en arma contra el opresor...

Hay muy pocos poetas verdaderos, e incluso ellos lo son muy pocas veces, como decía Jorge Guillén. A pesar de su aparente desenfado, Alfonso Sastre es mucho más poeta y lo es muchas más veces que la mayoría de los vates laureados, y la publicación de su poesía completa constituye un auténtico hito literario. Un hito del que, por supuesto, nuestra envilecida cultura oficial no ha querido darse por enterada. No conocen el suelo las rodillas del Sastrecillo Valiente, y eso en un país de lacayos no se perdona.

Hasta aquí el artículo (resumido) que escribí a raíz de la publicación, en 2004, de la poesía completa de Alfonso Sastre. Un par de años después, y con ocasión de su octogésimo aniversario, el poder debió de considerar que Sastre ya no era políticamente peligroso y que convenía empezar a otorgarle algún reconocimiento oficial; no por justicia, sino para inten-

tar atenuar el bochorno que para las instituciones culturales de la «España democrática» (las comillas indican el uso irónico de ambos términos) suponía ningunear al más importante dramaturgo de la lengua castellana. Entrevistas, reediciones, presentaciones, estrenos... En cierta ocasión le dije bromeando: «Como no han conseguido matarte a disgustos, ahora intentan matarte a gustos». Y creo que no iba desencaminado, pues, además de lavarse la cara, el poder intentaba rematar al adversario supuestamente agonizante con unos cuantos halagos institucionales. «Si después de tantos años de ayuno le damos a probar las mieles del éxito, ya no volverá a alzar su cascada voz», debieron de pensar algunos.

Pero la voz del Sastrecillo Valiente seguía siendo un trueno, una tormenta, y seguía sin tener precio. Y cuando se merecía más que nadie disfrutar de un poco de sosiego, no ha dudado en capitanear una vez más, a sus ochenta y tres años y en precarias condiciones de salud, una batalla desigual y de la que sabía que no iba a salir indemne. Y una vez más ha aguantado sin vacilar las viles agresiones de unos y otros, el fuego cruzado de esas dos Españas que en el fondo son la misma. La misma y ninguna. Ninguna, pequeña y cautiva.

No sé si II-SP obtendrá algún escaño. Pero haber luchado junto a excelentes camaradas sin más armas que las palabras y sin más mando que la autoridad moral de Alfonso Sastre y Eva Forest, es ya una victoria memorable que nada ni nadie podrá arrebatarnos.

Oh, capitán, mi capitán, nuestro azaroso viaje ha terminado; la nave ha superado todos los escollos y hemos logrado el premio que anhelábamos...

HACE DOS AÑOS, TRAS LA GROTESCA mascarada en que se convirtieron los funerales de Jesús Polanco, escribí a propósito de José Saramago:

«Hay frases que definen a quienes las dicen mejor que sus obras completas. Goethe, por ejemplo, se parecía menos a su grandiosa literatura que a su sentencia más célebre y torpe: “Prefiero la injusticia al desorden”. Era un hombre rijo y egoísta (tiraba directamente a la papelera las cartas en las que le pedían algo), ferozmente apegado a sus privilegios, y, como tantos escritores y artistas famosos, había vuelto del revés la máxima de Aristóteles: aunque amaba la verdad, se amaba mucho más a sí mismo.

»Tal vez parezca una irreverencia comparar al mediocre Saramago con el genial Goethe; pero lo cierto es que el Nobel portugués ha emulado más de una vez al maestro alemán en los últimos tiempos, si no en calidad literaria, en egocentrismo y torpeza política. Recientemente, a raíz de la muerte de Jesús Polanco, ha dicho que el amo de PRISA era “el rostro amable del capitalismo”, y creo que con esta frase antológica Saramago nos dice más de sí mismo que con sus banales y pretenciosas novelas (si a algunos les sorprende mi escaso

aprecio por la obra de un premio Nobel, les recordaré que también Cela obtuvo el de literatura; y Henry Kissinger el de la paz).

»¿Cómo puede un supuesto intelectual de izquierdas hablar del “rostro amable del capitalismo”, que es como hablar del rostro amable de la explotación y el atropello? La respuesta es muy simple: porque a ese supuesto intelectual de izquierdas el capitalismo, efectivamente, le muestra un rostro sumamente amable, lo convierte en un privilegiado, del mismo modo que Goethe era un privilegiado de aquel “orden” que quería ver mantenido aun a costa de la injusticia (una injusticia que a él nunca lo alcanzaría, por supuesto).

»Los interminables homenajes a Polanco de los últimos días, las sonrojantes declaraciones de unos y otros, han servido, cuando menos, para dejar claro que, en el fondo (y a menudo también en la forma), “unos y otros” son los mismos. Saramago, Vargas Llosa y Carlos Fuentes (que han posado juntos para la ocasión), los envilecidos veteranos de la cuadrilla literaria de PRISA, solo se diferencian en el color de la corbata (que, roja, azul o reversible, ante todo es una corbata). Y lo mismo cabe decir de los tiburones y los lacayos de los grandes partidos políticos y las grandes empresas.

»Pero sería injusto convertir a Saramago en chivo expiatorio de toda una supuesta intelectualidad de izquierdas que lleva décadas vendiéndose al “amable capital” de las mafias mediático-culturales. Una supuesta intelectualidad de izquierdas que acepta a un rey impuesto por Franco y a un Gobierno que se declara amigo y aliado de los criminales de Washington; por no hablar de la tortura, la brutalidad policial, la represión en Euskal Herria, la dispersión de los presos políticos y otros temas de los que los “intelectuales progresistas” al uso ni siquiera se dan por enterados. En este contexto, elogiar a Polanco se convierte en un mal menor. Tan menor que casi podríamos ver en el senil y un tanto patético Saramago el rostro amable de la traición».

Cuando, hace un par de años, escribí los párrafos anteriores, y a pesar de la pobre opinión que me merecía, no creía que Saramago fuera capaz de caer tan bajo como ahora, de ponerse a la altura de los Rubalcaba y las Díez, y solo se me ocurre una explicación para sus viles ataques a Alfonso Sastre, al que ha llamado, entre otras cosas, «valedor de asesinos». Y es que, en el fondo, Saramago sabe que a pesar de que a Sastre nunca le concederán el Cervantes ni el Nobel –o precisamente por ello– es un grandísimo escritor y un intelectual de primera fila, y lo que es más importante, un hombre honrado y valiente; mientras que él, Saramago, y en el fondo lo sabe, es un escritor mediocre e imitativo, un seudointelectual promocionado por los poderes establecidos y, lo que es más grave, un tramposo y un pusilánime. Lo que destila el triste libelo de Saramago es pura envidia, el turbio resentimiento de un mediocre encumbrado ante un hombre realmente grande.

Como decía Martí, quienes no tienen el valor de luchar deberían tener al menos la decencia de callarse. Pero en los tiempos que corren la indecencia es mucho más rentable. Y eso Saramago también lo sabe.

CUANDO LA OBRA DE ALFONSO SASTRE es descubierta por el lector una pasión se instala en él ya para siempre. Así ha sucedido en mi caso y quizá en el de quienes, con gran acierto, han escogido el título *Alfonso Sastre: una pasión inextinguible* para las jornadas que han tenido lugar recientemente en torno al escritor. La pasión es aquí doble: nosotros, como lectores, nos apasionamos ante una obra genial, inquietante y emocionante hasta el extremo, imaginativa e inteligente, rica en detalles y hallazgos prodigiosos y –en una palabra– revolucionaria; él, como escritor, ha sido llevado por la pasión a producir setenta y siete dramas (incluyendo traducciones), miles de páginas de ensayo –entre los que se encuentran textos fundamentales como *Anatomía del realismo*, *Prolegómenos a un teatro del porvenir*, *Crítica de la imaginación*, o el reciente conjunto de siete libros titulado *El drama y sus lenguajes*–, textos narrativos –los relatos contenidos en *Las noches lúgubres* o la novela *Flores rojas para Miguel Servet*, entre otros– y poesía (recogida toda ella en el volumen *Obra lírica y doméstica* publicado recientemente por la editorial Hiru).

Impresiona la coherencia de esta obra –en la que es necesario incluir también la vida– y, aunque arriba he hablado de

pasión, en su trazado y envergadura sería más apropiado hablar de razón apasionada. La obra está abierta y es historia: es el resultado de un amor sincero por la humanidad –por lo silenciado en ella– y está nutrida fuertemente por una po(est)ética formulada desde una conciencia precisa de la degradación social. El estado de miseria objetiva del mundo y la necesidad de transformarlo alientan toda la producción sastreana. Pero esta exigencia no puede satisfacerse de un modo barato: es crucialmente necesario apropiarse de los frutos que han dado las conciencias más avanzadas de todas las épocas en los más diversos campos del conocimiento así como de una inmersión en el presente y una mirada fuerte en él, con las herramientas más eficientes. Pues solo partiendo de lo que existe puede lo que existe transformarse, y es necesario conocerlo antes y determinar su esclavitud para trabajar realmente (es decir, no-abstractamente) por su liberación.

En este proyecto, y en contra de lo que pudiera pensarse precipitadamente, Alfonso Sastre es el escritor y no el escribiente. Esta última palabra la reservaba Roland Barthes para quienes intentan comunicar un contenido por el camino más corto o evidente-por-sí-mismo sin suscitar el misterio de la literatura. Barthes ponía como ejemplo el gato amarillo que Chateaubriand (el escritor) menciona en su *Vida de Rancé* en oposición al gato miserable, que sería la opción más propia de un escribiente. Barthes se pregunta entonces para qué sirve decir gato amarillo en vez de gato miserable, o llamar viajera de la noche a la vejez. Al intentar encontrar una respuesta nos vemos conducidos al corazón mismo de la literatura y en el camino hallamos, inesperadamente, que algo dramático acontece. Dice Barthes: «Cualquier metáfora que estalla ilumina sin actuar. Y sin embargo ese resplandor de la palabra pone en nuestro mal de ser el estremecimiento de una distancia: la forma nueva es para el sufrimiento como un baño lustral: absorbido desde el origen en el lenguaje (¿hay

otros sentimientos más que los nombrados?), es, no obstante, el lenguaje –pero un lenguaje otro– el que renueva lo patético» (Roland Barthes: *Nuevos ensayos críticos*, Siglo XXI, 2005, pp. 168-169).

Desde un punto de vista teórico, la definición de realismo que Alfonso Sastre va construyendo con su experiencia a lo largo de su vida, y que aparece explicada con detalle en sus *Prolegómenos a un teatro del porvenir* de 1984 es consistente con el reconocimiento del valor dramático de este estremecimiento de la distancia barthesiano que el lenguaje proporciona. A través de la parlatura, una escritura dramática que es mimesis de las hablas reales pero que no coincide con ellas, Sastre descubre el potencial que tiene la palabra para acercar y, por otra parte, distanciar, para conseguir la percepción de lo familiar como extraño y de lo extraño como familiar (un doble efecto que Sastre llama también «de boomerang»). Sastre se apropia de este hallazgo que, sin duda, renueva lo patético, y con ello establece su gran contribución a la poética del drama, la tragedia compleja: «Mi tragedia compleja es, o trata de ser, una superación trágica de la tragicomedia en su forma más evolucionada. Asimismo, esa noción de “complejidad” acompaña a nuestra idea de lo extraño/familiar como eje de, como decimos, una poética del drama» (Alfonso Sastre, *Las dialécticas de lo imaginario*, Hiru, 2003, p. 283).

La complejidad de la tragedia proviene de que el héroe trágico es mostrado en sus limitaciones humanas, sometido a diversas necesidades, enfermedades, etc. que muestran su condición vulnerable, irrisoria, y que lo distraen de la trayectoria inexorable que tendría en la tragedia pura. El personaje sastreano es un ser vivo y –como tal– complejo. El elemento trágico no se disuelve, sin embargo, sino que se muestra en sus diferentes momentos, siguiendo un desarrollo no lineal: no es aquí el resultado de una acción debida a voluntades puras escindidas del curso del mundo, sino que construye él y cohesiona todo un mundo precario donde la vida, en sus

diferentes formas, halla dificultades e intenta salir –sin éxito– adelante. El Miguel Servet de *La sangre y la ceniza* cojea y llega a casa del editor Frellon con el estómago vacío, muriéndose de frío. Su preocupación, cuando entra en la casa, no es solo comunicar a Frellon lo que es de interés para el drama, sino también su necesidad de comer y beber algo, necesidad que es satisfecha en el drama. Los personajes sastreanos exploran mundo, se entretienen en él. *¿Dónde estás Ulalume, dónde estás?* es todo él un entretenimiento –vertiginoso y angustiante– una pesadilla a la que solo la muerte pone freno. Lo sensorial cobra una importancia decisiva en estas aventuras dramáticas. Alfonso Sastre siempre ha insistido en los elementos esenciales del drama tal y como se recogen en la poética aristotélica y ha enfatizado su importancia en diversas ocasiones. Al dominio de lo sensorial pertenecen, por ejemplo, el espacio óptico o la música. Sastre llega incluso a añadir otros elementos como el olfativo; así, la morada de Filo «el gordo» en *Demasiado tarde para Filoctetes* huele a mierda.

Pero volvamos a la «complejidad», una idea cara a la ciencia de las últimas décadas y muy especialmente a lo que se conoce como ciencias de la vida: biofísica, bioquímica... La complejidad en el teatro sastreano no solo se da en la precariedad física de los héroes trágicos, y en la comicidad que lo irrisorio suscita y que mueve a «reír con pena» sino, sobre todo, en las relaciones que los personajes establecen mediante el habla, el medio más importante de conocimiento en este teatro. *La taberna fantástica* es un prodigio de contrastes establecidos a través del habla: el carácter pacífico o violento de las situaciones que alternan en la obra es extremadamente sensible a la armonía (o falta de ella) que el intercambio de unas pocas palabras puede crear (o destruir). En esta susceptibilidad dramática, el mundo de los quinquilleros aparece en su precariedad extrema: algunos de ellos, como el Caco, están marginados incluso en su propio mundo marginal, lo que se

manifiesta desconsoladoramente en el lenguaje y en el ámbito fantástico que este abre (por ejemplo el inolvidable sueño del Caco, en el corazón de la obra). La escritura magistral del drama está nutrida por una larga experiencia en la que el autor se familiarizó con la lengua de los quinquilleros, héroes complejos e irrisorios de la tragedia, creando una parlatura que es mimesis de esta lengua marginal. La obra es el homenaje literario más hondo y sincero que pueda imaginarse a estas gentes y constituye, sin duda, el canto más intenso y verdadero contra la miseria de los seres humanos que haya dado jamás el teatro español. El teatro de Sastre, en general, y esta pieza, en particular, demuestra plenamente la siguiente intuición de T. W. Adorno:

«Cuanto más rica, multiforme, llena de contrastes e intrincada resulte la construcción de obras teatrales, tanto más su coherencia estética las hará partícipes de un sentido que ellas de por sí no quieren –como exige el cliché– convertir en un mensaje» (T. W. Adorno: *Escritos musicales I-III*, Akal, 2006, p. 39).

La vecindad intelectual con Adorno es notoria en otros aspectos. Como Adorno, Sastre ha defendido clara e independientemente una concepción progresista del realismo haciendo frente a los postulados de, por ejemplo, el último Lukacs que en libros como *El asalto a la razón* pretendía destacar elementos reaccionarios en el arte con un lamentable afán de condena. Ambos, Sastre y Adorno, tienen en común el haber dirigido fuertes e incisivos ataques en términos parecidos a esta visión dogmática y reduccionista del filósofo húngaro que fue, en su última época, proclive a la burocratización del arte por el estalinismo. Así como Adorno veía en el teatro de Beckett (*Fin de partida*) un realismo fuerte, latente en la falta de sentido contemporánea como sentido, Sastre ha reivindicado con rigor e inteligencia un lugar para lo fantástico dentro del realismo. Y es que estos conceptos son contrarios solo en apariencia: la imaginación y lo fantástico son caminos

hacia lo real, modos de que lo real muestre su otra naturaleza, de que lo familiar resulte extraño y lo extraño familiar. El deslizamiento en que lo otro se muestra, en el contexto negativo de lo trágico, es lo siniestro freudiano. El doble efecto sastreano establecido en el comercio entre lo extraño y lo familiar es también afín al *dictum* de Paul Klee de que el arte debe hacer visible lo invisible. La superposición de lo visible y lo invisible-reconocido conducen al extrañamiento de lo que antes mostraba solo una de sus caras.

Los intereses filosóficos que Sastre ha expresado recientemente en textos de combate como su *Manifiesto contra el pensamiento débil* (Hiru, 2003) o *La batalla de los intelectuales* (Hiru, 2004) arrojan también luz sobre su poética del drama, coherente con sus inquietudes filosóficas. En los mencionados textos, Sastre habla de la posibilidad de «existencializar el marxismo» como contrapeso a la debilidad de un pensamiento postmoderno que claudica a los dictados del poder. En ese «existencializar el marxismo», propuesto por Sastre como tentativa filosófica que sería necesario desarrollar con rigor en el futuro, el escritor ya ha realizado una incursión de carácter estético. Pues, ¿no es la tragedia compleja una forma artística consistente con un marxismo existencializado? ¿No es el marxismo (las dificultades asociadas a la revolución –a la conquista de la libertad individual y colectiva– en una situación social degradada) el aliento trágico del drama sastreano? ¿Y no es el elemento existencial, la condición cadente de arrojado en el mundo heideggeriano que se muestra en el héroe irrisorio lo que hace compleja la tragedia? En efecto, al mostrar al héroe de la tragedia en su irrisoriedad, en su condición de arrojado en el mundo, susceptible de ser atravesado por la nada y de suscitar el vértigo de lo siniestro, Sastre abre un acceso estético a la complejidad de la existencia humana.

En un aspecto puramente formal, la fascinación de Sastre por Heidegger es también evidente, como lo demuestran las páginas dedicadas al filósofo –y a su ensayo sobre la poesía

de Hölderlin– en el libro tercero de su monumental obra *El drama y sus lenguajes* (Hiru, 2000), texto sin parangón en la teoría del teatro y tesoro de importancia fundamental para quienes emprendan la aventura del teatro y/o la escritura dramática. Lo que allí dice Sastre de Heidegger es, por otra parte, iluminador de toda su producción: «Los resultados de su investigación [de Heidegger] son dos (...): primero, “que el campo de acción de la poesía es el lenguaje”, por lo cual “la esencia de la poesía ha de comprenderse mediante la esencia del lenguaje” (...); y segundo, que “la poesía es dar nombres, fundadores del Ser y de la esencia de las cosas y no un decir cualquiera”, en lo que yo estoy muy de acuerdo pues no es otro el objetivo de mis inquietudes: dar con ese decir que no es cualquier decir de la calle o del habla vulgar (...) ni tampoco la hiperliteratura» (A. Sastre: *El drama y sus lenguajes*, Hiru, 2000, vol. 1, p. 624).

¿No es este decir el que, no siendo ni plasmación exacta –naturalista– del habla real ni mera retórica, produce el estremecimiento de una distancia barthesiano? Este decir, apropiado para el drama, es la parlatura (tratada con detalle en el libro segundo de *El drama y sus lenguajes*) una escritura llana cuya música es cercana a la del habla real pero cuya forma está convenientemente alejada para crear distancia /reconocimiento y estremecer.

Heidegger, filósofo del lenguaje, confina la poesía íntegramente a la palabra, algo en lo que Sastre no puede estar totalmente de acuerdo pues para él –como para Bajtin– la poesía concierne a todo tipo de representaciones sensibles. Conforme a este pensamiento, el extrañamiento en el drama no se produce únicamente en la palabra aunque esta tenga una importancia crucial y ya lo albergue en su seno. Al extrañamiento, al «doble efecto» sastreano, han de converger con fuerza todos los signos de la escena. El dramaturgo, con su texto-partitura que contiene acotaciones e intervenciones, proporciona un estremecimiento mediante la escritura de las

voces y las situaciones. Pero son los actores y los trabajadores del teatro –a quienes está dedicado principalmente *El drama y sus lenguajes*– quienes tienen aún el difícil reto de intensificar la extrañeza que producen las palabras completando el drama (que, evidentemente, no es texto escrito sino hecho espectacular) con todos sus otros signos no-verbales, de forma coherente, consistente con una gramática teatral. Así, la escritura dramática no es el drama, sino un momento importante del mismo. Un dramaturgo escribe pensando en actores y espectadores, aunque esto no excluye que escriba también para lectores: es necesaria la ambición de querer alcanzar a los lectores; ellos son ya unos «protoespectadores» que construyen, con mayor o menor dificultad, una escena imaginaria y que la disfrutarán solo en virtud de la calidad del texto dado por el dramaturgo. La analogía evidente entre el texto dramático y una partitura musical nos ayuda a ver por qué, aunque es absolutamente necesario que la música suene, una sinfonía puede ya disfrutarla y valorarla quien sabe leerla y es capaz de imaginar la expresión de las frases y del contenido musical en el tiempo, e incluso hasta las respiraciones de los músicos, solo con mirar la partitura. La deficiencia evidente de esta lectura frente a la experiencia del sonido real (y que hace que la lectura solo sea un momento primitivo de este) es que el lector realiza un acto meramente cerebral y abstracto al imaginarlo y el estremecimiento es así mucho menor que si realmente, es decir materialmente, lo escucha. La naturalidad en el espacio y en el tiempo, el milagro de lo que materialmente puede llegar a darse, contrasta con lo artificial y solitario del engranaje cerebral, por muy imaginativo que este sea. ¡Necesitamos de las sensaciones! Volviendo al drama, que es lo que aquí nos interesa, es una perogrullada –que lamentablemente no resulta del todo trivial en nuestros días– afirmar que la potencialidad dramática de un texto crece exponencialmente con la calidad de su escritura. Y es que si una palabra es afortunada en sugerir el

agua o la humedad, esta palabra no está reñida con ver además en escena el agua o sentir la humedad. Muy al contrario, todo lo que en el drama produce una intensificación, cualquier signo afortunado que contribuye al espectáculo, adhiriéndose al todo y participando intensa y coherentemente de él, eleva la categoría del espectáculo. La crítica del drama comienza, pues, por la del texto que le da origen (sus primeros signos fijados: ¿es que acaso se puede actuar sobre nada?) y termina por la del espectáculo que completa ese texto y lo convierte en drama. El drama, la Poesía, requiere del concurso vertebral de todas sus fuerzas. El aislamiento o desprecio de una sola de estas fuerzas hace del drama una criatura desarticulada y enferma de muerte. Todo este párrafo es una tentativa de aproximación a la praxis dramática que sugiere Sastre con su «teatro vertebral», praxis consistente (y utópica) en la que desemboca toda su poética.

Hasta aquí hemos hablado de intenciones y motivaciones teóricas. Habíamos mencionado al principio que Alfonso Sastre, en medio de todo este proyecto intelectual, es el escritor. Ejemplos para sustentar esta afirmación no faltan y en ellos vemos no a cualquier escritor sino al Maestro. Aunque, modestamente, Sastre afirme que no está en ninguna parte, ni en la literatura –patrimonio de poetas y narradores pero no de dramaturgos– ni en la escena (en la que un dramaturgo es hoy un elemento extraño, ajeno al mundo del teatro), la calidad poética de su vastísima obra lo contradice abrumadoramente y le asegura, como mínimo, un lugar de honor en la mejor literatura de todos los tiempos. La fuerza y verdad de sus dramas, intensos y arriesgados en los años cincuenta y surcados de resonancias cervantinas y de ecos de la mejor tradición literaria española más tarde, queda establecida desde su mismo inicio. Nos introducimos en cada pieza y no podemos ya dejarla hasta el final: su magnetismo es irresistible. Podría poner muchos ejemplos, pero me gustaría comentar con detalle el memorable comienzo de *La sangre y la ceniza*. El primer cua-

dro de esta obra es la plática de Miguel Servet y el editor Frelon. Miguel llama a la puerta de la casa del editor, a quien conoce «por su fama de hombre liberal» y, a través de la puerta entreabierta, se inicia el diálogo entre los personajes:

FRELLON: ¿Qué quiere? La librería está cerrada a estas alturas de la noche.

MIGUEL: Yo no es a la librería donde llamo. No ando a la busca de ningún libro ni cosa parecida.

FRELLON : ¿Sino entonces?

MIGUEL : A la del mero señor Frelon, el propietario, si tiene la bondad de recibirme.

Las «alturas de la noche» en la primera intervención de Frelon son también las de la poesía y la emoción dramáticas. La librería está cerrada a estas alturas de la noche. En la claridad, en la llaneza de este enunciado, una situación insólita y apasionante se abre de repente. La pasión lectora relampaguea en esa noche que aparece como última palabra de una oración memorable donde una librería –que está cerrada, como no puede ser de otra forma a horas tan inoportunas– ejerce la función de sujeto. Y la noche queda ahí, colgando del modo más hermoso y decisivo en el silencio. No podremos desprendernos ya de ella en todo el primer cuadro. La sencillez y el talento la han fijado con tanta fuerza, de forma tan rotunda, que su resonancia queda durando mientras otros sonidos turbadores se le van sumando, provenientes del miedo (Frelon) y lo irrisorio (nuestro héroe, Miguel Servet, que cojea y que a veces, y a pesar de todos los pesares, se ríe).

¿Qué quiere? La librería está cerrada a estas alturas de la noche.

La inquietud y urgencia de la pregunta ¿Qué quiere? queda balanceada con el enunciado, inesperadamente sereno. La librería está cerrada a estas alturas de la noche, equilibra-

do, perfectamente sosegado y lapidario. Podemos escribirlo en verso

La librería está cerrada
a estas alturas de la noche

y descubrimos dos eneasílabos trocaicos con acentos en 4^a, 6^a y 8^a sílabas. Esta pulsación regular –trocaica– del acento, que Garcilaso utiliza en endecasílabos en algunos de los momentos más hermosos de la lírica española, asienta el contenido expresado en ellos del modo más estable y tranquilizador. La librería está cerrada, irremediablemente, y contra eso poco se puede hacer.

La noche queda suspendida con fuerza. Podemos comparar «a estas alturas de la noche» con

infame turba de nocturnas aves

donde he marcado en negrita los acentos principales de este inolvidable endecasílabo sáfico del Polifemo de Góngora. Este verso establece un color inhumanamente negro: los dos acentos recaen sobre la u, una vocal cerrada, oscura, grutesca, terrible. A la noche de Sastre le ocurre algo parecido, aunque gracias a la o del acento final es, de alguna forma, mucho más humana

a estas alturas de la noche

Los males que puedan circular en esta noche y que Frellon teme –esos «asaltos», «robos y crímenes» que hacen que «ande revuelta» la «brigada de investigación criminal»– son males humanos, tangibles, para los que existe la esperanza de una solución. Nada comparable a la negrura hosca y esencial del entorno de Polifemo.

La librería está cerrada a estas alturas de la noche.

Era necesario repetirlo. La noche queda así establecida, por tanto, de un modo humano pero rotundo. Las coordenadas están claras, nuestros personajes están cada uno a un lado de una puerta entreabierta, es de noche, y Miguel necesita entrar. El mito está ya construyéndose: «¿Quién es este que llega a tan altas horas de la noche dispuesto a perturbar mi descanso?». Pocas cosas puede haber más inquietantes que un desconocido que se presenta a tales horas. «Este extraño probablemente me conoce porque soy un editor respetable y tengo una librería. Seguro que es uno de esos intelectuales excéntricos que con su avidez de libros acaban perdiendo la noción del tiempo: si le cierro el paso a la librería no insistirá y me dejará en paz».

MIGUEL: Yo no es a la librería donde llamo. No ando a la busca de ningún libro ni cosa parecida.

FRELLON: ¿Sino entonces?

«Esto me desarma, ¿qué es lo quiere entonces? ¿Qué es lo que busca aquí?». Un segundo relámpago: la economía de este ¿Sino entonces? de Frellon no solo ayuda del modo más flexible a Miguel a articular lo que ha de decir. En su belleza funcional estas dos palabras son como las bisagras de la puerta entreabierta por la que Frellon mira a Miguel con el máximo recelo: el sino se refiere a las intervenciones inmediatamente anterior y posterior de Miguel, el entonces es la necesaria cadencia suspensiva que da énfasis y urgencia al sino y lo deja entreabierto. Nuestra inquietud crece por momentos: desencadenada desde el epicentro situado ya en la primera intervención de Frellon ¿Qué es lo que quiere? La librería está cerrada a estas alturas de la noche, no sabemos aún dónde llegará la onda expansiva.

La respuesta, tras la lectura de la obra, es clara: a todo el primer cuadro y, por tanto, a todo el drama. La librería, las alturas de la noche, el recelo y el temor –¿Qué quiere?– cons-

truyen ya con fuerza el drama desde su mismo inicio. En el espacio mínimo de unas pocas intervenciones se ha convocado todo un mundo. Los detalles mínimos tienen aquí una importancia estructural de largo alcance. «Lo bueno está en los detalles» decía Walter Benjamin. Y lo bueno es aquí, desde el principio, lo mejor. Pero aún nos falta un tono cuya importancia será crucial en todo lo que sigue: la cortesía a la antigua.

MIGUEL : A la del mero señor Frellon, el propietario, si tiene la bondad de recibirme.

Ese «si tiene la bondad de recibirme» anticipa lo que Miguel dirá un poco más adelante, como un eco variado, «abrásela [la puerta] francamente a un seguro servidor». Este es el primer color verdaderamente blanco en la negrura de la noche. Esa bondad, con la a, vocal abierta, acentuada en la mismísima sexta sílaba del hermoso (aunque formal) endecasílabo «si tiene la bondad de recibirme» está diciendo plenamente «usted no tiene nada que temer de mí: yo hablo su mismo lenguaje: soy yo quien depende de usted». En cuanto Frellon entre en el juego de esta cortesía, la puerta se abrirá y con ella el acercamiento entre los personajes. La cortesía levanta también la escena antigua. Estamos en el siglo xvi. Esto nos lo dice la parlatura de este drama, sus cadencias, la sonoridad fresca y sencilla a la vez tradicional y actual. Es el don de una escritura prodigiosa cuya gracia está vedada solo a los grandes maestros.

La cortesía no es aquí meramente la baza que Miguel juega a su favor para conseguir la entrada en el hogar burgués. Hay mucho más: lo que era extraño y venía de fuera es ahora lo más familiar del mundo. Una complicidad sorprendente, totalmente opuesta al recelo del comienzo, nace de pronto entre los personajes. Es esta una complicidad muy compleja y perturbadora. Hay muchos signos y disonancias en la escena que impi-

den una plena y absoluta reconciliación de la atmósfera. El lector está inquieto (y no digamos un hipotético espectador que contemplase esta escena). La noche, el peligro de afuera, sigue vibrando, ha entrado de alguna forma en casa para quedarse. Porque, a pesar de toda la «blancura» de la cordialidad y las formas, el miedo amenaza constantemente a Frellon y Miguel es un pobre diablo que cojea y padece de hambre (y en un momento dado estalla en una risa –¿o es un llanto?– que Frellon no puede entender)... «lo que debe haber pasado este pobre hombre afuera». ¿Es necesario que siga describiendo lo que es un milagro de la literatura y que, como tal, tiene su modo autónomo de mantenerse en pie sin cojear? ¿Dónde termina el poder de sugestión de un texto así?

El teatro de Alfonso Sastre es la historia de nuestro país en sus últimos sesenta años y más allá. Basta leer un drama excelente de los años cincuenta, *La mordaza*, y otro de los ochenta, *Demasiado tarde para Filoctetes*, para sentir el vértigo de la historia, lo mucho que ha cambiado todo y lo demasiado poco que ha cambiado aún. Cuando se descubre por primera vez *Escuadra hacia la muerte*, y uno tiene noticia de las tres representaciones que en plena dictadura alcanzó este drama en su estreno hasta que fue prohibido, es inevitable pensar en la emoción que debió embargar a los espectadores al ver sobre el escenario aquello en aquel tiempo. Son tantos los textos excelentes (y potencialmente modernos) de Alfonso Sastre, tantas las emociones dramáticas y literarias excepcionales que nos reservan... El lugar de esta obra puede estar en nuestras mentes y corazones de lectores pero debe estar también, y sobre todo, en la escena. El lugar de Alfonso Sastre debe ser ambas cosas: la literatura y la escena, y sobre todo esto último. Porque si la noche literaria es perturbadoramente atrayente... ¿cómo serán sus «alturas» creadas en la escena, sugeridas con ayuda de todos los signos que el drama posee? Con la frustración de no verlo ni escucharlo, nos ponemos apasionadamente a imaginar esas otras pasiones.